



# **PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO, DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS**

**6ª Reunión de la Comunidad Cristiana de Ntra. Sra. del  
Recuerdo. Marzo 2019.**

## **INTRODUCCIÓN**

Reanudamos este mes nuestra reflexión sobre el Credo, que dejamos en diciembre con la consideración de la Encarnación y el Nacimiento del Hijo de Dios. Adaptando nuestro ritmo al de la Liturgia de la Iglesia, dedicaremos marzo, abril y mayo, en coincidencia con la Cuaresma, la Semana Santa y Pentecostés, a la reflexión sobre los enunciados del Credo referentes a la Pasión y Muerte de Jesús, su Resurrección y el Espíritu Santo. Este mes de marzo, pues, nos vamos a centrar en la proclamación de que Jesús **padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado y descendió a los infiernos.**

Para nuestra reflexión personal sobre este tema y para la preparación de nuestras reuniones de grupo, tenemos como referencia, igual que hicimos en diciembre, la lectura del libro de José Ignacio González Faus SJ, *Confío. Comentario al Credo cristiano* (Santander, Sal Terrae, 2013), centrándonos ahora en las págs. 81-87. Quienes deseen y puedan llevar a cabo la lectura de un texto más amplio, pueden consultar el Anexo que adjuntamos en documento aparte. Allí mismo se indican otras referencias bibliográficas más extensas.

## **PRESENTACIÓN DEL TEMA**

Al recitar en nuestras celebraciones el Credo de la Iglesia, confesamos que Jesús *"padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos"* (credo breve o Símbolo de los Apóstoles) o bien que *"por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado"* (Credo largo o niceno-constantinopolitano).

¿Cómo podemos entender hoy cada una de esas afirmaciones, referidas a un tiempo histórico tan lejano pero tan centrales e importantes en la formulación y la vivencia de nuestra fe? ¿Qué consecuencias tiene para nuestra piedad, nuestra visión del mundo y nuestra vida cristiana la forma en que vivió Jesús sus últimos momentos? ¿Cómo nos afecta el hecho de que tuvo que afrontar su muerte condenado a la crucifixión, una muerte de criminales, de marginados y de esclavos? Nada sería igual en el Cristianismo si Él no hubiera padecido y muerto, si su relación con el poder (o los poderes) hubiera sido menos conflictiva, si su forma de morir hubiera sido más dulce y amable, o si, en lugar de compartir con nosotros el destino tenebroso del sepulcro y de la inmersión en el enigmático mundo de la muerte, simplemente hubiera desaparecido por un breve tiempo hasta el día de su resurrección gloriosa... ¿No era Dios, para poder hacerlo? Y sin embargo, el Dios real en quien nosotros creemos no lo hizo. ¿Por qué? ¿Qué nos dice eso de Jesús y del Dios que Él nos revela?

## I. PUNTOS PARA ORAR, REFLEXIONAR Y COMPARTIR

### Padeció bajo el poder de Poncio Pilato

En las dos formulaciones del Credo es notable la *referencia temporal y contextual*: “padeció bajo el poder de Poncio Pilato” o “en tiempos de Poncio Pilato”. Los exegetas señalan que esta manera de presentar las cosas obedece a la intención muy explícita de anclar la pasión y la muerte de Jesús a un tiempo y unas circunstancias muy concretas: En efecto, la muerte de Jesús, para los cristianos el centro de nuestra salvación y de la de todo el mundo, no es una invención mitológica e intemporal, sino un *acontecimiento histórico concreto* y luctuoso que sucede en un lugar determinado (Jerusalén, el Gólgota) y en un tiempo y una circunstancia perfectamente señalables: “en tiempos” del mandato del gobernador romano Poncio Pilatos, y “bajo su poder”.

En efecto, cuando el Símbolo de los Apóstoles señala concretamente que Jesús “padeció *bajo el poder* de Poncio Pilato”, lo que queda ahí evocado es algo que ya los Evangelios habían dejado traslucir de manera sumamente clara: Jesús muere tras haber sido perseguido, condenado y finalmente ejecutado por un poder, o mejor unos poderes, a los que se ha visto enfrentado y para los que ha resultado evidentemente incómodo. En último término – lo afirman claramente los relatos evangélicos- por el poder del gobernador romano Pilato (que “no encuentra culpa en él” (Lc 23, 4, 14 y 22; Jn 18, 38; 19,4 y 6) pero se lava las manos y lo entrega al pueblo y a los soldados para su ejecución (Mat. 27, 24-27). Y ya antes por el poder de Anás y de Caifás, que encarnan los poderes religiosos de Israel y que llevan a Jesús ante la autoridad romana para que lo condene a muerte, después de haber manipulado al pueblo para que se le ponga en contra (Mt 27, 20).

El creyente actual que quiere comprender por qué esto fue precisamente así, encontrará numerosas pistas en los Evangelios si los lee con atención: irá haciéndosele patente en numerosas ocasiones y detalles que *Jesús resultó incómodo, quizás lateralmente para el poder romano, pero desde luego muy directamente para los “escribas y fariseos” y para el Sanedrín*, cuya comprensión del culto y de la religión había puesto Él constantemente en cuestión durante toda su vida pública y su predicación.

No se trata, por tanto, como algunas versiones erróneas pero bastante divulgadas de la fe parecen suponer, de que un Dios Padre autosatisfecho y exigente haya querido a priori la muerte cruenta y dolorosa de su Hijo. Dios, al contrario, en un acto supremo de amor a los hombres, nos envió a su Hijo Jesucristo, quien nos salvó con su encarnación y su vida, vivida como plena respuesta de agradecimiento y entrega a la voluntad de Dios. La vida concreta de Jesús, como Mesías enviado de Dios, fue una vida plenamente entregada a la misión de anunciar el Reino, la buena nueva y la nueva imagen del Dios. Y como consecuencia de esa misión tuvo el enfrentamiento de los poderes, que le acosaron hasta lograr su condena a muerte y muerte en cruz. Como afirma muy lapidariamente J. R. Busto SJ, “Jesús se busca la muerte porque su relación de fidelidad con el Padre le obliga a ello, asumió la muerte que estaba implicada en su predicación sobre Dios. Decir que Dios es amor incondicionado es peligroso, y actuar en consecuencia

mucho más peligroso todavía. Jesús lo sabe y no se calla. Más todavía, lo demuestra con su vida”<sup>1</sup>.

## **Fue crucificado, muerto y sepultado**

La pena de *crucifixión* era una pena, como ya hemos dicho, reservada a los esclavos, los criminales o los malditos. La muerte en cruz era una muerte ignominiosa, además de sumamente dolorosa. Para ser crucificado Jesús tuvo que ser sacado fuera de Jerusalén, al Gólgota, un lugar de maldición y proscripción. Y, una vez allí, fue despojado, clavado, sufrió dolor y sed, se sintió abandonado, perdonó, oró

La *lectura de los relatos de la Pasión y muerte del Señor* será siempre una fuente de inspiración y de meditación para el cristiano. La liturgia de la Iglesia nos invita a hacerla completa durante las celebraciones de la Semana Santa. Nosotros sacaremos provecho si la tomamos como base de nuestra meditación y oración durante este mes: quizá nada nos va a ayudar más para el desarrollo de nuestra fe personal y comunitaria. Podemos encontrar esos relatos en Mt. 26 y 27, Mc, 14 y 15, Lc. 22 y 23, Jn. 18 y 19). Su lectura y consideración atenta nos ayudará a descubrir o redescubrir la radicalidad de la entrega de Jesús a su misión, el carácter amoroso y plenamente humano de su mensaje, su actitud generosa de amor y de perdón, su confianza filial en el Padre celestial, su mansedumbre, la integridad con la que acoge el dolor, la humillación y la muerte...

Es *contemplando la Pasión y la muerte de Jesús* como muchos hombres y mujeres a lo largo de la historia se han sentido conmovidos por el gran amor de Dios hacia nosotros... y han entregado su vida a Dios, al Evangelio de Jesús, al amor y servicio a Dios y a los hermanos. Es ante el Señor crucificado ante el que S. Ignacio de Loyola sugiere al ejercitante preguntarse y dialogar con el Señor: “Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio; cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto, mirando a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo; y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se offresciere. El coloquio se hace propiamente hablando, así como un amigo habla a otro, o un siervo a su Señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas, y queriendo consejo en ellas” (EE EE, 53- 54).

Los cristianos adoramos hoy *la cruz como lugar de salvación*, como visualización suprema del amor que Dios nos tiene, un amor que se entrega hasta el anonadamiento y la autohumillación: “Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz” (Filip. 2,6-8). La cruz de Jesús es, en efecto, para nosotros un signo de salvación, una referencia ineludible en el camino cristiano hacia la plenitud: “si el grano de trigo no muere...” (Juan 12, 20-33). Y es que el amor no conduce inmediatamente al éxito, la felicidad y el triunfo; muchas veces solo lo hace a

---

<sup>1</sup> J. R. Busto, **Cristología para empezar**, Santander, Sal Terrae, 1991, pág. 88. Puede leerse con provecho todo el capítulo III: *Aproximación histórica a la causa de la muerte de Jesús* (págs. 67-89).

través del dolor, el abajamiento, el servicio humilde y exigente. Pero los cristianos no somos masoquistas ni nos regodeamos en el dolor y el fracaso.

La Carta a los Filipenses continúa su reflexión señalando que es por ese abajamiento de Cristo, por su acto de amor y de servicio hasta el final por lo que el Padre lo exalta y nosotros lo reconocemos como Hijo unigénito de Dios: "Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre" (Filip. 2,9-11). Los cristianos, continúa Pablo, debemos imitar al Maestro: "No hagáis nada por ambición o vanagloria, antes con humildad tened a los otros por mejores. Nadie busque su interés, sino el de los demás. Tened los mismos sentimientos del Mesías Jesús, el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de ser igual a Dios..." (Filip. 2, 3-6).

Nuestra fe –podemos nosotros preguntarnos- ¿es realmente tan desinteresada y servicial como nos pide el Apóstol?, ¿sabemos reconocer a Dios no en los lugares más cómodos o más brillantes de la sociedad –donde, según las enseñanzas de Jesús, se encuentra menos- sino en los necesitados, los pequeños, los doloridos, los que sufren, también en los rechazados y marginados? ¿No olvidamos con demasiada frecuencia que somos seguidores de un crucificado, que en el Reino de Dios los últimos serán los primeros (Mat. 20, 16), los que lloran serán consolados, etc. (Cfr. Mat. 5, 3-11)?

## **Descendió a los infiernos**

No hay un consenso completo y absoluto entre los diversos exegetas y teólogos sobre cómo se puede o se debe entender este enunciado del Credo: ¿Qué se quiere decir con "los infiernos"? ¿un lugar de condenación y de tortura o sencillamente el oscuro y desconocido más allá, el reino de la muerte? ¿Cuándo, cómo y a qué pudo el Señor crucificado y muerto "descender a los infiernos" en los días posteriores a su muerte?

González-Faus intenta brevemente abordar el posible significado actual de este enunciado en las págs. 85-87 del libro al que nos hemos remitido. Aconsejamos su lectura. Por nuestra parte, en el Anexo intentamos decir también algo al respecto.

Ahora podemos añadir, no obstante, una muy compendiosa cita del libro del conocido teólogo José Arregui, **Mi Iglesia y mi credo**: "Es verdad –afirma- que, en la Biblia, "infierno" (Sheol judío o Hades griego) significa sencillamente "lugar de los muertos" y que, por lo tanto, el giro "descender al infierno" equivale simplemente a "morir". Pero, desde muy antiguo, el término "infierno" ha sido entendido también en un sentido más radical: como "lugar" de la condenación eterna, de los eternamente condenados a la ausencia de Dios.

La expresión del Credo puede, pues, adoptar también este sentido radical: en Jesús, la Compasión divina desciende a lo más bajo, acompaña al más abandonado, asiste al más extraviado, acoge al más perdido. De modo que ya no puede haber verdadero "infierno" para nadie, porque aún cuando alguien –en una hipótesis extrema- se condenara a sí mismo al infierno, incluso allí la Presencia divina seguiría acompañándolo, como acompaña a Jesús "descendido al infierno".

Nadie estará nunca solo y condenado del todo, porque Dios estará eternamente con él, y "si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?" (Rm 8,31). Por eso, la muerte no es para nosotros el término final. Es una frontera abierta. La losa del sepulcro no es el último muro. Es una puerta a la vida. Junto al sepulcro de Jesús, seguimos esperando la Pascua. En todas nuestras soledades, decaimientos e impotencias, seguimos confiando en la entrañable cercanía de Dios: "Padre/madre, en tus manos encomiendo mi vida" (Lc 23,46). En todos los infiernos del mundo, seguimos confesando que otro mundo es posible, porque Dios está con nosotros, y merece la pena acompañarle y ayudarlo<sup>2</sup>.

## **II. CUESTIONES PARA COMPARTIR EN EL GRUPO**

1. ¿Qué me dice a mí, a mi vida, a mis relaciones... la Cruz de Jesús? ¿Me siento capaz de acompañar la coherencia del amor de Jesús aunque conlleve sacrificio y dolor?
2. ¿Cuáles son las cruces que voy asumiendo en mi vida por seguir a Jesús?

## **III. ORACIÓN PARA REZAR JUNTOS EN LA REUNIÓN DE GRUPO**

### **A. Invocación inicial**

Todos: En el nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo

Lector: En un pequeño altozano, aprendiz de colina, frente a las murallas de Jerusalén, torrente Cedrón por medio, en un huerto dominado por los olivos bañados a la luz de la luna llena resplandeciente, que unas veces ilumina y otras se oculta entre las nubes, como no queriendo ver lo que se avecina y, al mismo tiempo no querer perdérselo, doce hombres dormitan, sobre el suelo, los ojos cargados por el sueño. ¿Doce? No. Uno está caminando alejándose unos pasos de los grupos. *Tierra firme, te siento en mis pies, descalzos...* Se desploma de rodillas en un claro del huerto, *Tierra firme, testigo de mi llanto amargo...* ora en voz alta, *Siento que llega la hora, mis labios deben callar, quién mire comprenderá...* y siente en sus espaldas el poder de los sacerdotes y el del todo el Imperio, que caerá sobre Él, y en su alma el peso atroz de todos los pecados del mundo, y puedo ver entre ellos los míos.

Le grita al Padre: No quiero. Desearía salir corriendo, pero, si tu quieres, Sea. Hágase tu voluntad.

Mis labios, mi corazón, mi alma, también deben callar. Sólo pueden decir, Te amo, Jesús.

### **B. Lectura del texto bíblico. (Jn 19, 14-19)**

---

<sup>2</sup> José Arregui, **Mi Iglesia y mi credo. Reflexiones sobre un cristianismo creíble para hoy**, Ediciones Credo, Saarbrücken. 2013, pág108-109.

Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta. Dice Pilato a los judíos: "Aquí tenéis a vuestro Rey". Ellos decían: "¡fuera, fuera! ¡crucifícale!". Les dice Pilato: "¿A vuestro Rey voy a crucificar?". Replicaron los sumos sacerdotes: "no tenemos más rey que el César". Entonces se lo entregó para que fuera crucificado. Tomaron pues a Jesús, y Él cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota, y allí le crucificaron y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio. Pilato redactó también una inscripción y la puso sobre la cruz. Decía así. "Jesús Nazareno, el Rey de los judíos".

### **C. Espacio de oración personal**

Tiempo de silencio para interiorizar la palabra, y en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen.

### **Oración compartida**

Lector: Señor, aquí nos tienes de nuevo, sumergidos ahora en el tiempo fuerte de Cuaresma, preparación de tu muerte y Resurrección, te pedimos que nos ayudes a parar y mirar qué hacemos con nuestra vida, la de cada uno, ¿qué quieres de mí, Señor?

Todos: *¿Qué quieres de mí, Señor?*

Lector: Señor, si nos paramos y miramos alrededor desde lo profundo, podemos apreciar tanta necesidad en las personas cercanas, en las circunstancias que las rodean, en sus deseos y esperanzas. ¿Qué podemos hacer, Señor?

Todos: *¿Qué podemos hacer, Señor?*

Lector: Señor, tu vida histórica entre nosotros resultó molesta y desafiante tanto al poder político como al religioso que no pararon hasta conseguir verte crucificado como un maldito entre malditos. ¿Qué nos dice todo esto ahora?, ¿cuántos hermanos en Ti siguen muriendo ahora en las cruces del hambre, la miseria, las guerras, los mares, la falta de trabajo... ?. ¿Qué vamos a hacer por Ti, por nuestros hermanos, Señor?

Todos: *¿Qué vamos a hacer por Ti, por nuestros hermanos, Señor?*

Lector: Señor, que sepamos aprovechar este tiempo fuerte que la Iglesia nos ofrece para que no sea un tiempo más que pasa y ya; que busquemos en oración contigo a esa persona, a ese ser humano que somos y que Tú soñaste para nosotros al darnos la vida para poder así caminar hacia el horizonte de tu voluntad.

Todos: Amén

### **Oración final: Ecce Homo!**

Ecce Homo! Aquí está el hombre, mi Dios y Señor, otrora adorado por unos magos en Belén, y ahora, rota a la espalda a latigazos, su cuerpo molido a palos, su cabeza coronada por un casquete cuyas espinas se clavan en su carne. Sus labios callados, como cordero que va a ser llevado al matadero. Pilato le enviará dentro de unos momentos a la cruz, y en los ojos de Jesús, en su mirada, Amor. Sólo Amor.

Y tú, y yo, ¿Qué podemos decir al contemplar la escena? Quizás imitar a pedro, llorar nuestras culpas y repetir: Señor, Tú sabes que te amo.